



## Capítulo 118 - Mi hermosa doncella demonio

Emmily se cruzó de brazos, con la mirada fija en Viviane con una expresión curiosa, casi analítica. Cuando la Dama del Lago se desplomó en el suelo, la bruja dio un paso al frente, frunciendo el ceño, pero manteniendo la compostura. Suspiró levemente antes de volverse hacia Vergil, decidiendo que era hora de que descubriera la verdad.

—Bueno... supongo que es hora de aclarar algunas cosas, ya que Lady Viviane parece incapaz de continuar —dijo Emmily, con una mezcla de seriedad y exasperación en su voz.

Vergil entrecerró los ojos; la impaciencia era evidente en su rostro. "Habla, Emmily. ¿Qué pasa?"

La bruja negó con la cabeza lentamente, como si ordenara sus pensamientos antes de hablar. "Bueno... ¿Sabías que hay... corrección, había... dos Excaliburs?"

Vergil arqueó una ceja. "¿Dos? Explícame."

Emmily le hizo un gesto a Viviane, quien estaba arrodillada en el suelo, temblando mientras lágrimas silenciosas corrían por su rostro. «La Excalibur que el mundo conoce —la espada que empuñó el Rey Arturo— no es la misma que portó hasta el final de sus días. Hace mucho tiempo, la Excalibur original fue... destruida».

—Sé más claro —exigió Vergil mientras su paciencia se agotaba rápidamente.





"Arturo, el legendario rey, en algún momento de su vida, rompió la Excalibur. A pesar de su poder, la espada no pudo resistir una batalla decisiva. Se hizo añicos y sus fragmentos se dispersaron, reforjados en doce espadas más pequeñas que ahora existen como reliquias perdidas del mundo. Un secreto que muy pocos conocen", explicó Emmily, con un tono cada vez más sombrío.

Vergil ladeó ligeramente la cabeza, procesando la información. "¿Y la segunda Excalibur? ¿Qué tiene que ver con la historia?"

—Viviane —continuó Emmily, señalando de nuevo a la mujer caída—. Forjó una nueva espada para Arturo. Una obra maestra que reemplazó a la original. La segunda Excalibur, conocida por algunos como Ex-Calibur. Era perfecta: más fuerte, más duradera. Un símbolo no solo de realeza, sino también de esperanza y poder absoluto. Pero... esa es la espada de la que estamos hablando ahora.

La mirada de Vergil se desvió hacia Viviane, comenzando a comprender el peso de su dolor. "¿Ex-Calibur fue destruida?", preguntó, aunque ya sospechaba la respuesta.

Emmily confirmó con un lento asentimiento. «Sí. La obra maestra de Viviane, la espada que trascendió a su predecesora, quedó reducida a nada. Y con ella, quizás también se haya perdido el mayor legado de la Dama del Lago».

Viviane, que hasta entonces parecía consumida por su propio dolor, murmuró entre sollozos: «Lo puse todo en esa espada... Cada fragmento de mi alma. Era perfecta». Su voz se quebró, pero continuó: «Y ahora... está destruida. Destruida por quienes ni siquiera entienden de qué estaba hecha...».

Vergil guardó silencio un momento, con la mente acelerada. Se giró hacia Emmily. «Los fragmentos... ¿hay alguna posibilidad de recuperarlos?»





Emmily suspiró, cruzándose de brazos de nuevo. «Los fragmentos de Ex-Calibur podrían estar esparcidos por todo el mundo... o completamente destruidos, o incluso absorbidos por algo o alguien. No lo sabemos. Pero una cosa es segura: quienquiera que haya hecho esto sabía exactamente lo que estaba destruyendo. No fue un acto de ignorancia; fue calculado. Al menos, las pistas apuntan a eso».

Viviane alzó la mirada hacia Vergil; sus ojos rojos y ardientes ardían con una determinación feroz. «Por favor... No dejes que desaparezca por completo. Aunque sea imposible... Necesito saber quién hizo esto». Respiró hondo y su expresión cambió, una sonrisa casi salvaje curvó sus labios. «Porque cuando lo descubra, los mataré».

El aire a su alrededor parecía vibrar con una energía oscura y poderosa. Sus cuernos, largos y curvados, de ébano tan oscuro como la noche más profunda, comenzaron a emerger lentamente de su frente. Apretó los puños y un manto invisible de poder demoníaco envolvió su cuerpo, transformándola ante los ojos de Vergil y Emmily.

El uniforme de sirvienta que vestía se volvió holgado y desaliñado a medida que su cuerpo crecía, adquiriendo proporciones que equilibraban a la perfección la fuerza bruta y la irresistible feminidad. Sus hombros se ensancharon, sus brazos ganaron músculos definidos y su cintura se mantuvo estrecha, realzando el contraste de su curvilínea figura.

Vergil observaba en silencio, con los ojos brillantes de sorpresa y... algo más. Se fijó en sus piernas —largas, poderosas y perfectamente tonificadas— que terminaban en muslos robustos que parecían esculpidos para transmitir fuerza y belleza imponente. Sus caderas se ensancharon ligeramente, lo suficiente para darle una presencia aún más imponente, mientras que su silueta adoptó los contornos de una mujer madura e irresistible. Su larga melena azul caía como una cascada por su espalda, justo por encima de un trasero firme que sin duda no pasaría desapercibido.





Su rostro también había cambiado; sus rasgos suaves y juveniles ahora tenían una elegancia refinada. Su belleza había cobrado profundidad, evocando sabiduría, poder y peligros ocultos. Era el rostro de una mujer que había vivido más que la mayoría, una guerrera experimentada que ahora parecía lista para abrazar su verdadera naturaleza.

Vergil parpadeó varias veces, procesando la visión que tenía ante sí, hasta que dejó escapar un suave murmullo. «No pensé que la Dama del Lago sería... así...». Dudó, mientras sus ojos escudriñaban cada detalle de la nueva forma de Viviane.

Emily, observando la escena con una sonrisa pícaro, se cruzó de brazos y respondió sin dudar: "¿Tan sexy? Anda, dilo en voz alta".

Vergil hizo una mueca, intentando disimularlo. "Es que... no esperaba que estuviera... tan..." Se detuvo de nuevo, suspirando de frustración. "Como sea."

Su mirada volvió a Viviane, quien ahora irradiaba una mezcla de ferocidad y majestuosidad. Cada movimiento parecía cargado de fuerza contenida, como si el suelo temblara bajo sus pies. Sin embargo, había algo tierno en sus ojos, un contraste que la hacía aún más cautivadora.

Vergil se aclaró la garganta, cruzándose de brazos y mirando hacia otro lado, aunque no pudo ocultar la sutil sonrisa en sus labios.

«Si hubiera sabido que iba a estar tan sexy, quizá no le habría gritado tanto. ¡Qué pérdida de tiempo!», pensó.

Viviane levantó una ceja; su expresión decía claramente que sabía exactamente el efecto que estaba teniendo.





"Es una de las mejores herreras que han existido", dijo Emmily, interrumpiendo los pensamientos de Vergil. "¿Creías que podría forjar armas legendarias sin tener un cuerpo digno de un guerrero?"

Vergil suspiró, reticente a admitirlo, pero no pudo evitarlo. "Bueno, pensé que..." Hizo un gesto con las manos, buscando las palabras adecuadas, pero se rindió a medias. "Tch, da igual", murmuró, dándose la vuelta y cruzándose de brazos de nuevo, aunque era evidente que no podía dejar de mirarla.

De repente, Vergil vio que Viviane levantaba la mirada hacia la voz familiar que cortaba el aire como una cuchilla afilada.

"Por fin te has revelado", dijo Zafiro, con una presencia imponente al salir de entre las sombras con una sonrisa enigmática. Cruzó los brazos, sus ojos esmeralda recorriendo a Viviane de pies a cabeza, como si evaluara una obra de arte terminada.

Vergil, aún procesando la transformación de Viviane, frunció el ceño y se giró bruscamente hacia Zafiro. "Espera... ¿Qué quieres decir con 'por fin'?", preguntó con un tono de sospecha. Miró a las dos mujeres, intentando comprender las cosas mientras entrecerraba la mirada.

Maldita sea... Lo sabías, ¿verdad? Claro que lo sabías... Me siento traicionado —suspiró Vergil.

Zafiro se encogió de hombros, con una sonrisa aún más amplia. "Claro que lo sabía, cariño. ¿Crees que dejo que cualquiera esté a tu lado? Soy muy meticulosa con quién permito acercarse a lo que es MÍO". Sus ojos brillaron con intensidad; ese brillo peligroso en ellos decía más que las palabras. Era una mezcla de posesividad y poder, un recordatorio de que todos y todo alrededor de Vergil existían solo porque ella lo permitía.





Vergil arqueó una ceja y apretó los puños involuntariamente. "Eres peor que Katharina".

Ladeó ligeramente la cabeza, su larga melena pelirroja caía como una cascada de fuego mientras su expresión adquiría un tono ligeramente provocador. "No seas dramática, cariño. Yo lo llamo... asegurarme de que las cosas salgan como deben."

Después de todo, un rey sin sus caballeros es solo un hombre con una corona. Necesitas gente fuerte a tu lado, y Viviane es más fuerte de lo que crees.

Vergil siempre había sabido que Zafiro era una mujer poderosa y dominante, pero la intensidad de su posesividad era algo que no había notado realmente hasta que pasó más tiempo con ella. Creía conocer bien a la pelirroja: su orgullo, su humor agudo y esa aura imponente que hacía que todos a su alrededor dudaran en desafiarla.

Sin embargo, había algo más profundo, algo que sólo comenzó a ver en los pequeños momentos después de que empezó a mirarla más íntimamente... la forma en que ella mantenía sus ojos en él, incluso cuando fingía estar distraída, cómo se aseguraba de saber dónde estaba y quién estaba con él.

"¿Desde cuándo te pusiste tan... posesiva?", preguntó Vergil, en un raro momento de sinceridad, cruzándose de brazos mientras observaba a Zafiro.

Arqueó una ceja, como si la pregunta fuera casi divertida. "¿Posesiva? Ay, cariño, no me confundas. No estoy siendo posesiva. Solo... estoy cuidando lo que es mío, ¿no te dije?"

Vergil sonrió y preguntó: "Pensé que eras mía..." Bromeó, claramente coqueteando.







"¿Pueden dejar de coquetear?", interrumpió Viviane, cruzándose de brazos mientras los miraba con exasperación.

Vergil se giró hacia ella, con una sonrisa provocadora formándose en sus labios. "¿Coqueteando? ¿Yo? Viviane, no sabía que estuvieras tan atenta a mis... movimientos."

Zafiro, por otro lado, soltó una risa baja y sarcástica, volviéndose hacia Viviane con una mirada de superioridad. "Ay, cariño, si esto te molesta, quizá deberías salir de la habitación. Al fin y al cabo, los adultos están hablando".

Viviane entrecerró los ojos, visiblemente irritada. "¿Adultos? Tienes edad suficiente para ser mi abuela, Zafiro. ¿De verdad quieres competir?"

Vergil rió en voz baja, claramente disfrutando del intercambio.

"Bueno, vayamos al grano", dijo Vergil, mirando a Viviane. "¿Vamos a por quien te rompió la espada, mi hermosa doncella demonio?"

